DAVID HUME

# *De mi propia vida*





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

# PRESENTACIÓN

David Hume puede ser catalogado como uno de los grandes filósofos modernos. Se le reconoce como el empirista que develó los absurdos contenidos en las doctrinas filosóficas de Descartes, Locke y Berkeley, pero en realidad su pensamiento es mucho más interesante que eso. Responde al más titánico esfuerzo por refutar cuando menos dos de los más caros principios metafísicos de su tiempo: el causal, que afirma que nada puede empezar a existir sin la intervención de una causa, y el que se refiere al orden cósmico, supuestamente surgido de un plan divino. Los dos principios se usaron –y en más de un sentido aún se usan– como fundamento tanto para la religión como para la filosofía y la ciencia, por lo que su refutación implica un profundo cuestionamiento de las tres. De ahí que no sólo se le dé a este insigne filósofo el título de escéptico, sino también la razón por la cual su pensamiento no siempre ha podido ser aceptado por todos con facilidad. No obstante, la influencia de Hume claramente se deja sentir en pensadores de la talla de Immanuel Kant y de Bertrand Russell. Los positivistas lógicos veneraron muchos de sus argumentos antimetafísicos y ponderaron la definición ostensiva, el principio de verificación y la idea de que no hay verdades reveladas sino sólo dos formas de conocimiento: el de las relaciones de ideas (cuya verdad depende de las definicio-

nes involucradas) y el de las cuestiones de hecho (que depende por completo de la experiencia, por lo que no conlleva certeza alguna). Freud hizo suyo el concepto de animismo inaugurado por Hume en su *Historia natural de la religión* y sin duda se valió de muchas de las ideas humeanas para conformar su teoría del psicoanálisis. Algunas tesis originalmente ofrecidas por Hume fueron asimiladas por los ilustres pensadores de los siglos XIX y XX que conformaron los cimientos de la filosofía analítica. Muchas de esas tesis aún sirven como fundamento para muchas doctrinas filosóficas en boga, a pesar de que fueron utilizadas por Wittgenstein como blanco de sus más certeros ataques.

El pensamiento filosófico de Hume se mantiene vivo en nuestros días fundamentalmente por su *Tratado de la naturaleza humana*, obra de juventud que originalmente se publicó de manera anónima y que se compone de tres libros: "Del entendimiento", "De las pasiones" y "De la moral". La obra original llevaba como subtítulo "Un esfuerzo por introducir el método de razonamiento experimental en los asuntos morales". Hume se consideró a sí mismo un filósofo moral por lo que hay quienes dicen que escribió primero "De la moral" aunque fue el último libro de su *Tratado*.[1] Pero por *moral* en los tiempos de Hume se entendía todo aquello que tuviera que ver con la conducta humana y esto abarca su psicología, sus formas de razonar, su vida social, su historia, su política, su lenguaje, etc. En este sentido, es un tanto irrelevante especular cuál de los libros se escribió

primero. Lo que sí sabemos es que los dos primeros se publicaron juntos en enero de 1739 y el último apareció un año después.

Hume, como él mismo lo narra en la carta que según la edición de Ernest C. Mossner [2] le escribe al Dr. John Arbuthnot, concibió las ideas que guían su *Tratado* cuando apenas tenía 18 años; y aunque llegó a pensar que este libro "salió *muerto de la imprenta*", el caso es que nunca renunció a la tesis que allí expuso, por lo que su pensamiento y, por ende, el resto de su muy vasta obra, quedaron para siempre enmarcados en los mismos polémicos principios que sustentó en el *Tratado*.

La idea central de su *Tratado* fue la construcción de los cimientos de lo que concibió como "la ciencia del hombre". Supuso que todo lo que se podía decir sobre Dios, el mundo, la vida, iniciaba y terminaba en el hombre mismo, por lo que nada podía escapar a los intereses, miedos, deseos, pasiones de los mismos humanos que construían los moldes que enmarcaban sus propias creencias. Sólo una mente alerta y dispuesta a experimentar y comparar lo nuevo o diferente podía ser capaz de aprender a mirar los rígidos moldes que por hábito asimilaba de su propia sociedad con ojos más críticos. Pero esto implicaba conocer diferentes culturas y costumbres, apreciar sus semejanzas y diferencias, viajar, leer mucha literatura e historia y observarlo todo con sumo detalle.

"Le bon David", como lo apodaban sus más cercanos amigos, fue un hombre generoso, perspicaz, sensato, risueño, bromista, que disfrutaba comer y beber, jugar a las cartas, alabar la belleza de las mujeres y, sobre todo, apreciar su inteligencia. Su obra, en concordancia con su carácter, es alegre, elegante y certera. Su prosa es intachable. Muchos aún lo consideran como uno de los más destacados escritores ingleses. Por su vastísima cultura e intereses escribió sobre infinidad de temas y en su tiempo fue plenamente reconocido como filósofo, historiador y ensayista. Pero muchos de sus escritos tienen un claro tono antirreligioso y anticlerical. Esto, en una época profundamente religiosa, generó un gran malestar y cuando su público adverso supo de la enfermedad que finalmente le quitó la vida, no faltaron comentarios mordaces y crueles expectativas en torno a cómo serían los últimos días de un ateo confeso. Como una elegante respuesta a las especulaciones en torno a su esperado deceso, Hume escribió, cuatro meses antes de morir, la pequeña autobiografía que lleva por título *De mi propia vida,* que ahora presentamos en este volumen. Hume le pidió a su amigo y colega Adam Smith que se hiciera cargo de sus manuscritos y le escribió el 3 de mayo de 1776 la siguiente carta:

> Encontrarás entre mis papeles una inofensiva pieza llamada *De mi propia vida,* que compuse unos días antes de dejar Edimburgo, cuando pensé, al igual que todos mis amigos, que mi vida ya no tenía esperanzas. No debe haber objeciones de que esta pequeña pieza pueda ser enviada a los señores

> Strahan y Cadell y a los propietarios de mis otros trabajos para que sea incluida en cualquier edición futura de ellos.[3]

Temeroso por las reacciones del público ante la "inofensiva pieza", Smith no le envió los manuscritos a los editores de inmediato, por lo que Hume agregó a su testamento una nota similar del 7 de agosto, donde dejaba todo en manos de su editor William Strahan y le daba las mismas especificaciones respecto a incluir su autobiografía en todas las publicaciones póstumas de su obra, en particular una que en ese momento ya estaba en prensa y que llevaba como título *Ensayos y tratados sobre diversos temas*. Hume murió el 25 de agosto de 1776. Cuando Adam Smith juzgó que ya había pasado el revuelo en torno a su muerte, en noviembre de ese mismo año decide enviarle una carta a Strahan contándole los últimos cuatro meses de la vida de Hume y la forma como finalmente expiró el filósofo. No obstante, cuando salió la edición de los *Ensayos* en 1777 el libro no incluyó la autobiografía. No fue sino hasta 1778 que Strahan, creyendo que los ánimos ya estaban totalmente calmados, decidió publicar tanto la autobiografía de Hume como la carta de Smith en la primera edición póstuma de la *Historia de Inglaterra*. Desde entonces esas dos piezas normalmente se publican juntas; razón por la que nosotros decidimos incluir la carta de Adam Smith en esta obra dedicada a Hume.

Hoy, cuando leemos la autobiografía y la carta de Smith nos parece imposible ver en cualquiera de ellas alguna alusión agresiva a la religión o a la Iglesia. De hecho, muchos de los grandes amigos de Hume eran sacerdotes, pero Hume criticaba cualquier forma de dogmatismo y entre los prelados de la Iglesia se encontraban muchos dogmáticos. Ésos fueron los que vieron en Hume una amenaza cuando él se describió a sí mismo como alguien que aceptaba su vida y veía con tranquilidad la cercanía de su muerte; se sintieron desafiados cuando Smith declaró su admiración por la entereza del filósofo y hasta el humor para enfrentar su propio fin. La lectura de la época ante estas descripciones se interpretó como una descarada burla de las creencias religiosas del público y como un halago sin precedentes del ateísmo. Hume ya había muerto, por lo que la indignación del público se canalizó hacia Smith, quien comentó:

> Una sola y, como pensé, totalmente inofensiva hoja de papel que sucedió que escribí acerca de la muerte de nuestro finado amigo, el Sr. Hume, me ha causado diez veces más insultos que el violentísimo ataque que hice sobre todo el sistema comercial de la Gran Bretaña.[4]

El caso es que hasta la fecha nadie incluye la autobiografía y la carta de Smith en las ediciones importantes de la obra de Hume. Cuando las encontramos publicadas, generalmente forman parte de los ensayos sueltos que Hume escribía sobre temas diversos, pero en sus obras más cono-

cidas siempre queda una deuda con el autor que en unas cuantas páginas quiso compartir con su público parte de sus vivencias e inquietudes en torno a su obra, su trabajo y su muerte.

Cuatro pasajes importantes de la vida del filósofo quedaron fuera de su autobiografía. Ellos son, hasta donde sabemos, los únicos que realmente lograron afectar el temperamento afable y conciliador de Hume, por lo que sospecho que deliberadamente no los menciona, a pesar de que marcaron su vida de manera indeleble y profunda. El primero de ellos ocurrió entre 1744 y 1745 cuando le pidieron a Alexander Pringle que dejara libre la cátedra de Ética y Filosofía Moral de la Universidad de Edimburgo por haber aceptado el cargo de médico militar en las fuerzas de Flandes. John Coutts, que era en ese momento lord preboste de Edimburgo y muy amigo de Hume, lo apoyó para ocupar la cátedra vacante y personalmente introdujo su candidatura al consejo. Desafortunadamente, Pringle no presentó su renuncia sino hasta 1745, justo en el momento en que Coutts tuvo que dejar su influyente puesto. En realidad, Hume no tenía un rival de su altura, pero sus enemigos, viendo el terreno libre para oponerse a él sin la protección de Coutts, utilizaron varias tesis de su *Tratado* para impedir su entrada a la universidad. Encabezó la emboscada el entonces director de la Escuela de Filosofía, William Wishart, quien argumentó que Hume, entre otras terribles cosas, negaba abiertamente en su libro el principio causal,

lo cual claramente conducía a un inadmisible ateísmo. Indignado por el comentario, Hume escribió un folleto anónimo titulado *Carta de un gentilhombre a su amigo de Edimburgo, con algunas observaciones sobre la especie de principios concernientes a la religión y la moral que se dice fueron sostenidos en un libro publicado con el título* Tratado de la naturaleza humana, *etc*. En este documento Hume responde punto por punto a las objeciones de las supuestas "proposiciones peligrosas"; el folleto no tuvo el impacto que Hume esperaba y finalmente Wishart logró que lo rechazaran y se otorgara la cátedra a William Cleghorn, un personaje menor que había hecho el papel de suplente en la ausencia de Pringle. Decepcionado, acabó por aceptar el trabajo como tutor del desafortunado marqués de Annandale, episodio que sí se menciona en su autobiografía.

El segundo pasaje ausente refiere a una historia semejante que aconteció entre 1751 y 1752. Adam Smith dejó la cátedra de Lógica para sustituir a Franz Hutcheson en la de Filosofía Moral en la Universidad de Glasgow. Los dos insignes profesores apoyaron a Hume para tomar la cátedra que Smith dejaba vacante, pero los enemigos de Hume abiertamente se opusieron y nuevamente perdió la posibilidad de introducirse en el medio académico. Profundamente lastimado por sus dos fallidos intentos para tomar una cátedra universitaria, decidió aceptar el puesto de bibliotecario en la Facultad de Derecho de la Universidad de Edimburgo y nunca más volvió a presentar su candidatura

como profesor en otra universidad. A. J. Ayer [5] nos platica que estando de bibliotecario Hume pidió tres libros y que éstos le fueron negados por los custodios argumentando que los tres eran libros indecentes. Ofendido, pero al mismo tiempo comprometido con la escritura de su *Historia de Inglaterra*, Hume no renunció, pero como protesta decidió prescindir de las 40 libras que recibía al año por su trabajo e hizo las negociaciones pertinentes para que ese pequeño salario pasara a manos de su amigo Blacklock, el poeta ciego.

El tercer pasaje omitido en la autobiografía se inicia en 1761, cuando Hume recibe una carta de la condesa de Boufflers, una de las damas más famosas de la corte de Francia no sólo por su belleza sino también por su inteligencia; en esa misiva expresa la admiración que tiene por la obra del filósofo de tal manera que Hume decide mantener con ella una profusa correspondencia. En 1763, apenas terminada la Guerra de los Siete Años, nombran al conde Hertford embajador de la corte de Francia; le asignan un secretario oficial, pero Hertford lo rechaza; la condesa de Boufflers, amante en ese entonces del príncipe de Conti, tercero en importancia del reino de Francia, usa sus influencias para recomendar a Hume en el puesto de secretario. Hertford no conocía personalmente a Hume, pero había oído de su obra. Era un hombre piadoso y no le hacía muy feliz tomar a su servicio al reconocido filósofo ateo. Sin embargo, bajo la presión de las recomendaciones de la condesa y del prín-

cipe sintió que no tenía más remedio que aceptar. Una vez en Francia, la amistad entre Hume y la condesa se transformó en un tórrido romance; Hume se enamoró de esa mujer como de ninguna otra. V. C. Chappell [6] nos comenta que la condesa enviudó y Hume le propuso matrimonio; pero la dama era ambiciosa y prefirió casarse con el príncipe Conti; así, ella terminó su relación con Hume, quien casi enloqueció. Lo más doloroso del caso fue que al final ella no logró su cometido. Decepcionado por su fracaso amoroso, Hume regresó a Escocia, pero la relación epistolar entre ellos se mantuvo durante toda la vida del filósofo. Una semana antes de morir él todavía le escribió:

> Veo a la muerte aproximarse gradualmente, sin angustia ni lamentos: la saludo a Usted, pues, por última vez con gran afecto y respeto.

El penoso cuarto pasaje ausente en la autobiografía se refiere a la relación de Hume con su Némesis: Jean-Jacques Rousseau. Se conocieron a través de la condesa de Boufflers que era amiga y protectora de Rousseau. Hume lo quiso entrañablemente, quizá por su genio y tal vez porque representaba un fenómeno intelectual que contradecía todas sus tesis empíricas en torno a la adquisición del gusto por el arte y la capacidad literaria. "Mi alumno", como cariñosamente lo llamaba a pesar de ser sólo un año menor que él, en verdad era lo opuesto de Hume. Un hombre paranoico, pasional, prejuicioso, inculto, que siempre tenía proble-

mas con toda la humanidad. Su carácter beligerante y problemático queda maravillosamente retratado en una carta escrita por Hume al reverendo Hugh Blair titulada *Un filósofo caracteriza a un filósofo*. Incluimos esta carta en el presente volumen porque nos parece interesante que sea el mismo Hume quien acabe la descripción de la personalidad de Rousseau.

Cuando Hume lo conoció, Rousseau ya había sido expulsado de Suiza y en ese momento tenía severos problemas en París. Los dos filósofos pronto se hicieron muy buenos amigos a pesar de que mucha gente le advertía a Hume lo poco conveniente de esa amistad. No obstante, con su típica generosidad, Hume le brindó ayuda para que pudiera irse a Inglaterra en 1766 y movió cielo, mar y tierra para que el rey Jorge III le asignara una pensión. Le consiguió casa y transporte, pero al final, la amistad, como era previsto, no sólo no duró mucho sino que acabó en una violenta pelea. A los pocos meses de vivir en Inglaterra, Rousseau le envió una furibunda carta a Hume acusándolo de haber escrito una sátira en su contra; lo insultaba, lo acusaba de traidor y de hipócrita, entre otras cosas. Efectivamente había sido publicada una sátira sobre Rousseau, pero no fue escrita por Hume, sino por Horacio Walpole: la prensa inglesa lo molestaba constantemente y Hume no tenía nada que ver con ello. No obstante, la paranoia de Rousseau lo llevó a culpar a su protector y a pensar que Hume se había aliado con sus enemigos con la clara inten-

ción de destruirlo. Muy alterado, Hume respondió a sus injurias con más injurias; totalmente fuera de control su rabia, no se conformó con eso y envió cartas contando lo sucedido a varios de los enemigos de Rousseau. El problema creció de manera desproporcionada y las cartas iban y venían; desconcertado por la magnitud que habían alcanzado las cosas, Hume, con el ánimo de arreglarlas, escribió un pequeño artículo, que publicó D'Alambert, en el que explicaba el suceso de manera más calmada y juiciosa, pero el lío se empeoró. La prensa tomó el asunto en sus manos y utilizó ese artículo para desprestigiar no sólo a los dos personajes involucrados sino a la filosofía en general.[7] Rousseau renunció a su pensión y, sin decir una palabra a la gente que lo había ayudado, abandonó Inglaterra en la primavera de 1767. Muchos amigos opinaron que el problema se había desatado y llegado a esos niveles de escándalo porque Hume no había sido tolerante con las locuras de Rousseau; también hubo algunos que sostuvieron que había sido indigno de parte de Hume publicar el escrito que envió a D'Alambert. Vapuleado por amigos y enemigos, Hume optó finalmente por guardar silencio. Hasta donde sabemos, ésta fue la única ocasión en que se involucró en un debate público. La experiencia sin duda fue muy desagradable, sobre todo para un hombre que siempre trató de evitar a toda costa las controversias públicas. Después de este suceso el conde mariscal Keith, tratando de consolar a Hume, le escribió lo siguiente:

> Para los ambiciosos usted es [...] un triste *whig,* para los *whigs* un jacobino disfrazado y para los hombres razonables *le bon David,* un amante de la verdad. [8]

Con estas anécdotas, aunadas al contenido de la autobiografía, la carta de Adam Smith y la descripción que hace Hume de Rousseau deseamos entregar al público no especializado un retrato certero de la personalidad de uno de los personajes más importantes de la filosofía, la historia y, me atrevería a decir, también de la literatura. El propósito de este volumen no es mostrarlo como un sesudo intelectual, sino como un ser de carne y hueso. Hume es una figura universal y sin duda su pensamiento seguirá vivo durante muchos años más; sus aventuras, sus preocupaciones, sus pasiones, sus arrebatos lo formaron y, como él mismo sostuvo, es la experiencia la que alimenta al intelecto. Así, presentamos con este volumen muestras de la vida que lo hizo grande y, como Hume jamás separó al filósofo del hombre, creemos que dar a conocer al hombre puede ser un amable camino para más adelante entusiasmar a algunos a pasar al conocimiento del filósofo. En la misma línea de pensamiento de lo que expresa Smith al final de la carta aquí incluida, podemos afirmar que uno puede estar de acuerdo o no con lo que filosóficamente sostuvo Hume, pero nadie puede estar en contra del hombre que escribió esa filosofía.

Para cerrar el cuadro de nuestro autor, creo que vale la pena citar el párrafo que agregó a sus *Investigaciones sobre los principios de la moral* apenas trece días antes de morir y en el que explica las motivaciones que lo llevaron a escribir como lo hizo:

> Parece innegable que nada puede otorgarle más mérito a cualquier criatura humana que el sentimiento de benevolencia en un grado sumo; y que, aparte de su mérito, surge de su tendencia a promover el interés de nuestra especie y a dar felicidad a la sociedad humana.

*Nydia Lara Zavala*

[1] Véase Kemp Smith, *The Philosophy of David Hume*, Macmillan, Londres, 1949; y Barry Stroud, *Hume*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1977 (traducido al español por Antonio Zirión, UNAM, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1986).***[regresar]***

[2] David Hume, *An Enquiry Concerning Human Understanding andOther Essays*, ed. de Ernest C. Mossner, Washington Square Press, Nueva York, 1963, pp. 358-366.***[regresar]***

[3] Aparece en J. Y. T. Greig, *The Letters of David Hume*, 2:318, Clarendon Press, Oxford, 1932. ***[regresar]***

[4] *Apud* Ernest C. Mossner, *The Life of David Hume*, Nelson, Edimburgo, 1954. ***[regresar]***

[5] A. J. Ayer, *Hume*, Alianza, Madrid, 1966, p. 25. ***[regresar]***

[6] V. C. Chappell, *The Philosophy of David Hume*, The Modern Library, Nueva York, 1963, p. IX. ***[regresar]***

[7] *Ibid*., p. X.***[regresar]***

[8] Los *whigs* fueron los miembros o partidarios de la facción política liberal y parlamentaria; se oponían a los *tories* de la facción conservadora y monarquis-

ta. Hume se refiere  varias veces a ambos en su autobiografía.*[regresar]*

# DE MI PROPIA VIDA

Es difícil para un hombre hablar prolongadamente sobre sí mismo sin vanidad; por consiguiente, seré breve. Puede pensarse que es un asunto de vanidad el que pretenda siquiera escribir mi vida, pero esta narración contendrá apenas algo más que la historia de mis escritos ya que, en realidad, casi toda mi vida ha estado dedicada a propósitos y ocupaciones literarias. El éxito inicial de la mayoría de mis obras, por otra parte, nunca fue tal que pudiera suscitar mi vanidad.

Nací el 26 de abril de 1711, según el antiguo calendario,[1] en Edimburgo; provengo de buena familia tanto de padre como de madre. La familia de mi padre desciende del conde de Home, o de Hume[2] y mis antepasados fueron dueños por varias generaciones de la propiedad que ahora posee mi hermano.[3] Mi madre era hija de sir David Falconer, presidente del Colegio de Justicia y el título de lord Halkerton pasó por sucesión a su hermano.

Mi familia, sin embargo, no era rica y siendo yo el hermano más joven,[4] mi patrimonio, de acuerdo con la tradición de mi país, era por supuesto muy reducido. Mi padre, considerado hombre de talento, murió siendo yo niño[5] y me dejó, junto con un hermano mayor y una hermana, bajo el cuidado de nuestra madre, una mujer de singulares méritos que, aunque joven y guapa, se dedicó por completo al

cuidado y educación de sus hijos. Aprobé con éxito los cursos normales de educación y muy pronto fui presa de una pasión por la literatura, pasión que ha sido rectora en mi vida y mi mayor fuente de alegrías. Mi predisposición por los estudios, mi sobriedad y esmero le dieron a mi familia la idea de que el derecho era una profesión adecuada para mí, pero yo siempre sentí una insuperable aversión por todo lo que no fuera la indagación filosófica y el aprendizaje en general; así, mientras ellos imaginaban que yo estudiaba minuciosamente a Voet y a Vinnius, en realidad Cicerón y Virgilio eran los autores que devoraba en secreto.

Mi muy escasa fortuna, sin embargo, era inadecuada para ese estilo de vida y mi salud, un tanto quebrantada por mi ardiente dedicación, me hizo caer en la tentación –o más bien me forzó– a hacer un débil intento por ingresar a un medio de vida más activo. En 1734 partí para Bristol con algunas recomendaciones de comerciantes eminentes,[6] pero a los pocos meses descubrí que dicho ambiente era totalmente inapropiado para mí. Me dirigí a Francia con la intención de proseguir mis estudios en un retiro campestre y fue allí que puse en marcha el plan de vida al que firme y exitosamente me he ajustado. A fin de mantener a salvo mi independencia, resolví suplir la escasez de mi fortuna con una rígida frugalidad y considerar como desdeñable todo propósito excepto el perfeccionamiento de mis talentos literarios.

Durante mi retiro en Francia, al principio en Reims, pero principalmente en La Flèche,[7] en Anjou, redacté mi *Tratado de la naturaleza humana*. Después de pasar tres años muy agradables en ese país, volví a Londres en 1737; a finales de 1738 publiqué mi *Tratado* [8] y en seguida me fui a encontrar con mi madre y con hermano, que vivía en su casa de campo y se ocupaba, con empeño y éxito, de incrementar su fortuna.

Jamás hubo un esfuerzo literario más desafortunado que mi *Tratado de la naturaleza humana*; nació *muerto de la imprenta* y ni siquiera alcanzó la distinción de provocar el más leve murmullo por parte de los críticos. Pero, siendo yo por naturaleza de un temperamento alegre y sanguíneo, pronto me recuperé del golpe y proseguí mis estudios con gran entusiasmo en la provincia; allí permanecí con mi madre y con mi hermano, durante ese tiempo recuperé el conocimiento de la lengua griega que tanto había descuidado en mi primera juventud.

En 1745 recibí una carta del marqués de Annandale que me invitaba a vivir en su residencia en Inglaterra, supe también que los amigos y la familia de ese joven noble estaban deseosos de ponerlo bajo mi cuidado y dirección pues así lo requerían su estado mental y su salud. [9] Viví allí doce meses, durante ese tiempo los ministerios que asumí incrementaron considerablemente mi pequeña fortuna. Recibí entonces una invitación del general St. Clair para ayudarlo como secretario en su expedición militar, la cual al princi-

pio iba a estar dirigida contra Canadá pero acabó siendo una incursión en la costa de Francia. Al año siguiente, a saber en 1747, recibí otra invitación del general para auxiliarlo en el mismo cargo, esta vez en su embajada militar ante las cortes de Viena y Turín. Porté entonces el uniforme de oficial y fui presentado en dichas cortes como ayudante de campo del general, junto con sir Harry Erskine y el capitán Grant –ahora general Grant–. Estos dos años fueron casi la única interrupción que hubo en mis estudios a lo largo de mi vida: los pasé agradablemente y en buena compañía; mis nombramientos, aunados a mi frugalidad, me hicieron acumular una fortu- na que me hacía sentir independiente, aunque la mayoría de mis amigos esbozaba una sonrisa cuando lo decía, pues para entonces apenas poseía cerca de mil libras.

Siempre albergué la idea de que mi falta de éxito al publicar el *Tratado de la naturaleza humana* se debía más a la forma que al contenido y que era culpable de la muy común imprudencia de acudir demasiado rápido a la imprenta. De ahí que rehiciera la primera parte de ese trabajo en la *Investigación sobre el entendimiento humano* que fue publicada mientras yo estaba en Turín, pero esta obra fue, al principio, apenas más exitosa que el *Tratado de la naturaleza humana*. A mi regreso de Italia, para mi mortificación, encontré a Inglaterra en ebullición debido a la publicación de la *Investigación libre* del Dr. Middleton, mientras que mi desempeño pasaba por completo desapercibido o era desde-

ñado. Una nueva edición que ya había sido publicada en Londres de mis *Ensayos morales y políticos* tampoco tuvo mejor suerte.

Tal es la fuerza del temperamento natural que estas decepciones hicieron poca o ninguna mella en mí. Regresé en 1749 y viví dos años con mi hermano en su casa de campo, pues mi madre ya había muerto para entonces; compuse allí la segunda parte de mis *Ensayos*, a la que llamé *Discursos políticos*, así como mi *Investigación sobre los principios de la moral* –otra sección de mi *Tratado* a la que le di una nueva forma–. Mientras tanto, mi editor, A. Millar, me informó que mis publicaciones previas (todas menos mi desafortunado *Tratado*) empezaban a ser tema de conversación y que sus ventas aumentaban gradualmente y se pedían nuevas ediciones. En un año se publicaron dos o tres respuestas, escritas por reverendos e ilustrísimas, y también me enteré, por conducto del Dr. Warburton, de que por fin los libros empezaban a ser apreciados en círculos selectos. Sin embargo, yo había tomado la firme resolución –que mantuve inflexiblemente– de nunca contestarle a nadie; puesto que no soy de un temperamento particularmente irascible, siempre he permanecido con facilidad apartado de todas las disputas literarias. Estos indicios de una creciente reputación me animaron: siempre fui más afecto a mirar el lado favorable de las cosas que el desfavorable, éste es un rasgo mental que es mejor poseer que el haber nacido con una propiedad de diez mil libras al año.

En 1751 decidí mudarme del campo a la ciudad, el verdadero escenario para un hombre de letras. En 1752 se publicaron en Edimburgo, donde entonces vivía, mis *Discursos políticos,* el único de mis trabajos que tuvo éxito desde su primera publicación; fue bien recibido tanto en mi país como en el extranjero. En el mismo año se publicó en Londres mi *Investigación sobre los principios de la moral,* la cual, en mi opinión –si bien no debería yo juzgar sobre esta cuestión– es, con mucho, la mejor de todos mis obras históricas, filosóficas o literarias; sin embargo, llegó inadvertida e ignorada al mundo.

En 1752, la Facultad de Derecho me eligió como su bibliotecario, un empleo por el cual recibí poca o ninguna remuneración pero que me puso en mis manos una gran biblioteca. Concebí entonces el proyecto de escribir la *Historia de Inglaterra,* pero como me aterró la idea de llevar a cabo una narración que habría de comprender un periodo de 1700 años, comencé con la subida de la dinastía de los Estuardo, una época en la que, pensé, empezaron a producirse propiamente hablando las tergiversaciones en cuanto a facciones políticas. Estaba, lo confieso, particularmente entusiasmado por mis expectativas de éxito de esta obra; pensé que yo era el único historiador que había simultáneamente desdeñado, por una parte, el poder, los intereses y la autoridad actuales y, por la otra, el clamor de los prejuicios populares; además, como el tema era accesible a cualquier inteligencia, ya me esperaba yo la aclamación correspon-

diente. Pero cuán desdichada no sería mi desilusión: fui embestido por un clamor de reproches, condenas y hasta odios; ingleses, escoceses e irlandeses, *whigs* y *tories,* clérigos y sectarios, librepensadores y religionistas, patriotas y cortesanos, unieron su rabia contra el hombre que había osado verter una misericordiosa lágrima por el destino de Carlos I y del conde de Strafford. Lo que más me mortificó fue que, una vez apagados los primeros arrebatos de furia, el libro pareció hundirse en el olvido. El Sr. Millar me dijo que en doce meses había vendido tan sólo cuarenta y cinco ejemplares; en todo Inglaterra, Escocia o Irlanda apenas supe de algún hombre –que pudiera ser considerado culto o de rango– que tolerara el libro; debo exceptuar únicamente al primado de Inglaterra, el Dr. Herring y al primado de Irlanda, el Dr. Stone: estos dignos prelados fueron dos raras excepciones y me enviaron, por separado, mensajes diciéndome que no me desanimara.

Empero, yo sí estaba –lo confieso– desanimado; y si la guerra entre Francia e Inglaterra no hubiera estallado en ese momento, ciertamente me habría retirado a algún pueblo de la provincia de Francia, habría cambiado de nombre y no habría vuelto jamás a mi país natal. Pero como este esquema no era viable entonces y como el siguiente volumen estaba ya considerablemente avanzado, decidí llenarme de valor y perseverar.

Durante ese intervalo, publiqué en Londres mi *Historia natural de la religión* junto con algunos otras breves obras:

su publicación pasó más bien desapercibida, excepto por un panfleto que escribió el Dr. Hurd en su contra, con toda la mezquina petulancia, la arrogancia y la insolencia propias de la escuela de Warburton; este panfleto añadía un poco de consuelo a lo que, por lo demás, fue una indiferente recepción de mi obra.

En 1756, dos años después del tropiezo del primer volumen, se publicó el segundo volumen de mi *Historia* que abarcaba el periodo entre la muerte de Carlos I y la Revolución. Ocurrió que este trabajo, que causó menos disgusto a los *whigs*, tuvo mejor recibimiento: este volumen no sólo encontró su lugar en el público, sino que ayudó a sacar adelante a su infortunado hermano. Pero, aunque la experiencia me había enseñado que el partido de los *whigs* era el que confería todos los puestos, tanto los estatales como los literarios, sentía tan poca inclinación a someterme a su insensato clamor que en las más de cien correcciones que un mayor estudio, lectura y reflexión me llevaron a hacer en esa obra en relación con los reinos de los dos primeros Estuardos, todas las hice invariablemente en favor de los *tories*. Es ridículo considerar que la constitución inglesa de antes de ese periodo representara ya un proyecto regular de libertad.

En 1759 publiqué mi *Historia de la dinastía Tudor*; el clamor en contra de esta obra fue casi igual al que suscitó el volumen sobre los dos primeros Estuardos; la sección sobre el reino de Isabel resultó particularmente molesta. Pero

para entonces yo ya era insensible a los efectos del arrebato público de manera que seguí apaciblemente y muy contento en mi retiro en Edimburgo hasta terminar, en dos volúmenes, la primera parte de la *Historia inglesa*, que entregué al público en 1761 y que tuvo un éxito tolerable y nada más que eso. Pero, a pesar de esta variedad de vientos y estaciones a la que mis escritos habían sido sometidos, de todos modos éstos habían seguido abriéndose camino, de manera que las regalías que me daban los editores excedían, con mucho, cualquier noticia que se hubiera tenido de ello antes en Inglaterra. Me había vuelto no sólo independiente, sino opulento. Me retiré a mi tierra natal de Escocia determinado a nunca más poner un pie fuera de ella y con la satisfacción de no haber cedido nunca a las exigencias de ningún hombre importante o haber hecho propuestas de amistad a ninguno de ellos. Como ya había cumplido los 50 años, pensaba pasar el resto de mi vida en ese estilo filosófico, cuando recibí, en 1763, una invitación del conde de Hertford, a quien no conocía personalmente, para que lo asistiera en su embajada en París con la perspectiva de pronto ser nombrado secretario de la embajada y, mientras tanto, realizar las funciones de éste. Aunque tentadora, rechacé al principio la oferta, tanto porque me resistía a iniciar relaciones con los grandes como porque temía que las amenidades y la alegre compañía de París pudieran resultar desagradables para una persona de mi edad y humor; pero como su señoría me volvió a invitar, acepté. Tengo buenas

razones, tanto de placer como de interés, para sentirme afortunado de mi relación con este noble, así como después con su hermano, el general Conway.

Aquellos que no han visto los extraños efectos de las modas nunca imaginarán la recepción que se me deparó en París, por parte de hombres y de mujeres de todos los linajes y rangos. Entre más me resistía a sus excesivas amabilidades, más me abrumaban con ellas. Vivir en París, no obstante, produce una verdadera satisfacción por la gran cantidad de gente inteligente, conocedora y educada que abunda en esa ciudad, muy por encima de cualquier otro lugar en el universo. Incluso pensé, en alguna ocasión, establecerme allí de por vida.

Fui nombrado secretario de la embajada y, en el verano de 1765, lord Hertford tuvo que partir, pues fue designado lord teniente de Irlanda; yo quedé como *chargé d'affaires* hasta la llegada del duque de Richmond hacia finales del año. A principios de 1766 dejé París y al siguiente verano me fui a Edimburgo, con la misma idea de antaño de enterrarme en un retiro filosófico. No regresé más rico de lo que era cuando me fui, pero sí con mucho más dinero y con un mucho mayor ingreso debido a la amistad de lord Hertford; entonces tuve el deseo de probar lo que la abundancia podía proporcionar, del mismo modo como anteriormente había hecho el experimento de la austeridad. Pero en 1767 recibí del Sr. Conway una invitación para ser subsecretario y, tanto por la calidad de la persona como

por mis conexiones con lord Hertford, no podía rechazar dicha invitación. Regresé a Edimburgo en 1769, ahora muy acaudalado –pues poseía una renta de 1000 libras al año–, en buena salud y, aunque algo entrado en años, con la perspectiva de disfrutar por mucho tiempo mi bienestar y de contemplar el incremento de mi reputación.

En la primavera de 1775 me vi afectado por un desorden intestinal que al principio no me alarmó, pero que luego se volvió, como después me enteré, mortal e incurable. Preveo ahora una pronta decadencia; he padecido muy poco dolor por mi mal y, lo que es más extraño, nunca he sufrido –a pesar del gran deterioro de mi persona– un solo momento de abatimiento de ánimo; al grado de que, si tuviera que escoger el periodo de mi vida que elegiría vivir de nuevo, estaría tentado a escoger este último periodo. Tengo la misma energía de siempre para el estudio y la misma jovialidad cuando estoy en compañía. Considero, además, que un hombre de 65 años, al morir, tan sólo suprime unos cuantos años de achaques y, aunque veo que por fin emergen con mayor lustre muchas manifestaciones de mi reputación literaria, sé que no tengo más que unos cuantos años para disfrutarla. Es difícil estar más desprendido de la vida de lo que lo estoy en la actualidad.

Para concluir históricamente con mi propio personaje: soy, o más bien fui –porque ése es el estilo que debo usar ahora para hablar de mí mismo y esto hace que me atreva más a hablar de mis sentimientos–; fui, digo, un hombre de

disposición apacible, de temperamento controlado, de humor abierto, social y alegre, capaz de sentirme vinculado afectivamente, pero poco susceptible a la enemistad y de gran moderación en todas mis pasiones. Inclusive mi amor por la fama literaria, mi pasión dominante, nunca amargó mi carácter a pesar de las frecuentes decepciones. Mi trato nunca resultó inaceptable para los jóvenes despreocupados, como tampoco para los estudiosos y los hombres de letras; y dado que sentí un gusto especial por la compañía de las mujeres modestas, no hubo razón para sentirme descontento por el recibimiento que de ellas obtuve. En pocas palabras, aunque la mayoría de los hombres que son de una u otra manera eminentes han hallado razones para quejarse de calumnias, yo nunca fui alcanzado –o incluso atacado– por su diente malsano: aunque deliberadamente me expuse a la rabia de facciones tanto civiles como religiosas, éstas parecían quedar desarmadas ante mí de su descontrolada furia. Mis amigos nunca tuvieron la ocasión de vengar ningún suceso concerniente a mi persona ni a mi conducta; no es que los críticos, como bien podemos suponer, no hubieran estado encantados de inventar y propagar cualquier historia desventajosa para mí, sino que no pudieron encontrar ninguna que tuviera la apariencia de probable. No puedo decir que no hay algo de vanidad al hacer esta oración funeraria de mí mismo, pero espero que no esté fuera de lugar y eso es un hecho fácil de aclarar y de determinar.

*18 de abril de 1776*

*David Hume*

[1] Hume dice "old style" y se refiere al calendario juliano que en la Gran Bretaña no fue sustituido por el calendario gregoriano sino hasta1752, cuando se aumentaron once días. *[regresar]*

[2] Hume cambió la ortografía de su apellido de *Home a Hume* cuando estuvo en Bristol atendiendo a su pronunciación.*[regresar]*

[3] Dicha propiedad estaba en Ninewells, Berwickshire y pertenecía a la familia Home desde el siglo XVI.*[regresar]*

[4]Hume tuvo dos hermanos mayores que él, John que nació en 1709 y Katherine que nació en 1710..*[regresar]*

[5] Joseph Home, padre de Hume, murió en 1713.*[regresar]*

[6] Trabajó en una compañía de compra-venta de azúcar; parece que lo despidieron por criticar constantemente el estilo literario de su patrón.*[regresar]*

[7]Vivió un año en Reims y dos en La Flèche.*[regresar]*

[8]Hume editó su *Tratado* con John Noon; se tiraron mil ejemplares de los dos primeros libros: *Del entendimiento* y *De las pasiones*; ambos se publicaron de manera anónima.*[regresar]*

[9] El joven marqués estaba loco.*[regresar]*

# CARTA DE ADAM SMITH A WILLIAM STRAHAN

*Kirkaldy, Fifeshire,*
*9 de noviembre de 1776*

Estimado señor,

es con gran placer, aunque con inmensa melancolía, que me siento a escribir para darle algunas noticias de la conducta de nuestro excelente y finado amigo, el Sr. Hume, durante su última enfermedad.

Aunque, según su propio juicio, la enfermedad era mortal e incurable, todavía se dejó persuadir, ante la súplica de sus amigos, para probar los efectos de un largo viaje. Unos días antes de salir, él escribió esta versión de su propia vida, la cual, junto con sus otros papeles, ha dejado al cuidado de usted. Mi versión iniciará donde la de él termina.

Partió a Londres a finales de abril y en Morpeth nos encontró al Sr. John Home y a mí: ambos habíamos venido de Londres con el propósito de verlo y esperábamos encontrarlo en Edimburgo. El Sr. Home regresó con él y lo asistió durante toda su estancia en Inglaterra con ese cuidado y atención que sólo podría esperarse de un temple tan amistoso y tan afectuoso como el suyo. Puesto que yo le había escrito a mi madre que me esperara en Escocia, me vi en la necesidad de continuar mi viaje. Su enfermedad parecía ce-

der ante el ejercicio y el cambio de aire y, cuando llegó a Londres, aparentemente su salud estaba mucho mejor que cuando dejó Edimburgo. Le habían aconsejado que fuera a Bath a tomar las aguas, mismas que, por algún tiempo, parecieron tener tan buen efecto en él, que incluso abrigó la esperanza –cosa que no era muy dado a hacer– de que su salud mejoraría. Sus síntomas, empero, pronto volvieron con singular violencia y desde ese momento abandonó toda esperanza de recuperación, pero mantuvo una enorme alegría y la más perfecta complacencia y resignación. A su regreso a Edimburgo, aunque se encontraba mucho más débil, su alegría nunca amainó y continuó aplicándose, como siempre, en la revisión de sus obras para nuevas ediciones; se entretenía con la lectura de libros, la conversación con sus amigos y, algunas veces en las tardes, con una partida de *whist*, su juego predilecto. Su alegría era tan grande y su conversación y entretenimiento se mantenían en un ritmo tan normal que, a pesar de todos los malos síntomas, mucha gente no creía que estaba muriendo:

—Le diré a su amigo, el coronel Edmondstone —le dijo el doctor Dundas un día— que lo dejo mucho mejor y en vías de recuperación.

—Doctor —le dijo él—, como yo creo que usted no elegiría decir nada que no fuera la verdad, sería mejor que le dijera que estoy muriendo tan rápido como mis enemigos, en caso de tenerlos, lo desearían y de modo tan aliviado y alegre como mis mejores amigos lo pudieran anhelar.

Poco tiempo después, el coronel Edmondstone fue a verlo y a despedirse de él; en su camino a casa no pudo abstenerse de escribirle una carta donde le daba una vez más su eterno adiós y le dirigía, como a un hombre agonizante, esos hermosos versos franceses en donde el abate Chaulieu, a la espera de su propia muerte, lamenta la proximidad de la separación de su amigo, el marqués de la Fare. La magnanimidad y firmeza del Sr. Hume fue tal, que sus más queridos amigos sabían que no arriesgaban nada al hablarle o escribirle como a un hombre agonizante y que, lejos de sentirse herido por su franqueza, más bien se sentía complacido y halagado con ello. Sucedió que yo entré a su habitación mientras leía esa carta –la acababa de recibir– y de inmediato me la mostró. Le dije que, aunque notaba cuánto se estaba debilitando y, a juzgar por las apariencias, se hallaba muy mal en muchos sentidos, como su alegría aún era tan grande y el espíritu vital aún se veía tan fuerte en él, no podía yo evitar albergar una débil esperanza. Él contestó:

—Sus esperanzas son infundadas. Una diarrea cotidiana que se ha mantenido por más de un año, sería una enfermedad muy mala a cualquier edad; pero a mi edad es mortal. Cuando me acuesto en la noche, me siento más débil que cuando me levanto en la mañana, y cuando me levanto en la mañana, más débil que cuando me acosté en la noche anterior. Siento, además, que algunas de mis partes vitales ya están afectadas, por lo que pronto moriré.

—Bien —dije—, si así debe ser, al menos tiene la satisfacción de dejar a todos sus amigos, a la familia de su hermano en particular, en gran prosperidad.

Él dijo que sentía esa satisfacción tan profundamente, que cuando estaba leyendo unos días antes los *Diálogos de los muertos* de Luciano de Samosata, de entre todas las excusas que se alegan a Caronte para no entrar de inmediato en su barca, él no pudo encontrar ninguna que le viniera bien: no tenía una casa por terminar, ni tenía una hija que procurar, ni un enemigo del que deseara vengarse.

—No puedo imaginar —dijo— qué excusa inventar a Caronte para conseguir de él un poco más de tiempo. He hecho todo lo importante que alguna vez quise hacer en la vida y no podría suponer, en ningún momento, que dejaría a mis conocidos y amigos en una mejor situación que en la que probablemente los dejo ahora; tengo, por lo tanto, razones de sobra para morir contento.

Luego se entretuvo inventando varias excusas jocosas que, supuso, podría darle a Caronte e imaginó las hoscas respuestas que éste a su vez, por su carácter, podría dar.

—Después de largas consideraciones pienso —dijo— que debo decirle: "Buen Caronte, he estado corrigiendo mis trabajos para una nueva edición, dame un poco más de tiempo para que pueda ver cómo recibe el público esos cambios", pero Caronte contestaría: "Cuando hayas visto cómo fue acogida tu obra revisada, querrás hacer más revi-

siones y la excusa no tendría fin; así que, mi honesto amigo, hazme el favor de entrar a la barca"; pero yo todavía podría insistir: "Ten un poco de paciencia, buen Caronte, me he esforzado por abrir los ojos del público. Si vivo unos años más, podré tener la satisfacción de ver caer algunos de los supersticiosos sistemas que prevalecen", pero Caronte entonces perdería la paciencia e incluso la decencia: "Bribón, eso no pasará en muchos cientos de años, ¿te imaginas que te concederé un periodo tan largo? Entra a la barca en este instante, perezoso bribón".

Pero, aunque el Sr. Hume siempre habló de su próxima desaparición con gran alegría, nunca fue afecto a hacer alarde de magnanimidad. Nunca mencionaba el asunto, salvo cuando la conversación naturalmente llevaba a ello y nunca lo discutía más tiempo del que requería el curso mismo de la conversación; sin duda esto ocurría con bastante frecuencia debido a las preguntas que sus amigos, que veían a verlo a menudo, naturalmente hacían acerca de su salud. La conversación que mencioné más arriba y que ocurrió el jueves 8 de agosto fue la penúltima que tuve con él. Estaba ya tan débil que la compañía de sus más íntimos amigos lo fatigaba, porque su alegría aún era tan grande, su complacencia y su disposición social eran aún tan enteras que cuando cualquier amigo estaba con él, no podía evitar hablar mucho y hacer un esfuerzo mayor que el que le permitía la debilidad de su cuerpo. Por su propio deseo, por lo tanto, acordé dejar Edimburgo, donde en parte me estaba

quedando por él y regresé a la casa de mi madre en Kirkaldy; esto con la condición de que mandaría por mí cuando él quisiera verme y, mientras tanto, el médico que lo veía con mayor frecuencia, el doctor Black, se comprometía a escribirme de vez en cuando para informarme sobre su estado de salud. El 22 de agosto, el doctor me escribió la siguiente carta:

> Desde mi última, el Sr. Hume ha pasado su tiempo de manera bastante tranquila, pero está muy débil. Se levanta, baja las escaleras una vez al día y se entretiene leyendo; no obstante, rara vez ve a alguien. La conversación con sus más íntimos amigos lo fatiga y agota; es una fortuna que no los necesite porque está bastante libre de ansiedad, de impaciencia o de depresión y pasa el tiempo razonablemente bien con la ayuda de los libros.

Al día siguiente recibí una carta dictada por el mismo Sr. Hume, de la cual hago un extracto a continuación:

> *Edimburgo, 23 de agosto de 1776*
>
> Mi muy querido amigo,
>
> me veo en la necesidad de hacer uso de la mano de mi sobrino para escribirle, ya que hoy no he podido levantarme [...] empeoro muy rápidamente y anoche tuve un poco de fiebre, tenía la esperanza de que ésta acelerara el periodo de mi tediosa enfermedad, pero desafortunadamente ha cedido en gran medida. No puedo aceptar que venga usted hasta aquí para verme, ya que sólo me sería posible concederle breves momentos del día, pero el doctor Black puede informarle mejor acerca del grado de fortaleza que de tiempo en tiempo conservo conmigo.

Adiós, etc.

Tres días más tarde recibí la siguiente carta del doctor Back:

*Edimburgo, lunes 26 de agosto de 1776*

Estimado señor,

ayer, alrededor de las cuatro de la tarde, el Sr. Hume expiró. La cercanía de su muerte se hizo evidente entre las noches del jueves y el viernes: su enfermedad se volvió crítica y pronto lo debilitó tanto que ya no pudo levantarse más de la cama. Se mantuvo hasta el final consciente y con poco dolor o sufrimiento. Nunca dejó escapar la mínima expresión de impaciencia; por el contrario, cuando pudo hablar con las personas que estaban a su alrededor, siempre lo hizo con afecto y ternura. Pensé que era inapropiado escribirle para que viniera, sobre todo porque oí que él había dictado una carta expresándole su deseo de que no lo hiciera. Cuando ya estaba muy débil le costaba un gran esfuerzo hablar y murió con una tranquilidad mental tan feliz que nada podría superarla.

Así murió nuestro más excelente e inolvidable amigo; en lo que concierne a sus opiniones filosóficas los hombres, sin duda, lo juzgaran de manera muy diversa, cada uno aceptándolo o rechazándolo según coincidan o discrepen de las propias; pero, en lo que concierne a su carácter y conducta, difícilmente podría haber alguna diferencia de opinión. Su temple, en verdad, fue el más alegremente

equilibrado –si se me permite semejante expresión– que quizá el de cualquier otro hombre que yo haya conocido jamás. Incluso durante las más adversas condiciones de su fortuna, su grande e inevitable frugalidad nunca le impidió practicar, en las ocasiones apropiadas, actos tanto de caridad como de generosidad. Era una frugalidad fundada no en la avaricia sino en el amor a la independencia. La extrema gentileza de su naturaleza nunca debilitó ni la estabilidad de su mente, ni la firmeza de sus resoluciones. Sus constantes bromas eran la genuina expresión de su buena naturaleza y de su buen humor, templada por la delicadeza, la modestia y sin el menor asomo de esa maldad que tan a menudo es fuente desagradable de lo que en otros hombres se llama *ingenio*. Nunca tuvieron sus bromas la intención de mortificar y, por lo tanto, lejos de ser ofensivas, prácticamente nunca dejaron de agradar y encantar, incluso a aquellos que eran el blanco de las mismas. Para sus amigos, frecuente objeto de sus bromas, quizá no había ninguna entre todas sus grandes y amables cualidades que contribuyera tanto a hacer agradable su conversación. Esa ligereza de temperamento, tan grata en sociedad pero que normalmente va acompañada de frivolidad y cualidades superficiales, en él estaba asistida por la más severa aplicación, el más extenso aprendizaje, el pensamiento más profundo y la mayor capacidad, en todos los aspectos, de penetración. En suma, siempre lo consideré, durante su vida y desde su muerte, como alguien que se aproximó tanto a la idea del

hombre absolutamente sabio y virtuoso como quizá la débil naturaleza humana lo permita.

Quedo de usted, estimado Señor,

Afectuosamente

*Adam Smith*

# UN FILÓSOFO CARACTERIZA A UN FILÓSOFO

*al reverendo Hugh Blair* [1]

*Lisle Street, Leicester Fields*

*25 de marzo de 1766*

Estimado doctor,

le he planteado al Sr. Rousseau la pregunta que usted me hizo: me contestó que la historia de su *Héloïse* tiene algunas semejanzas generales, aunque distantes, con la realidad; éstas fueron suficientes para alentar su imaginación y ayudar a su invención pero las circunstancias más importantes son ficticias. Por mi parte, yo oí en Francia que Rousseau fue contratado para enseñarle música a una joven dama, una pensionista en un convento de Lyón, y que el maestro y la estudiante se enamoraron uno del otro pero el romance no tuvo mayores consecuencias. Pienso que este libro es una obra maestra, aunque él mismo me dijo que valora mucho más su *Contrat social*, lo cual es un juicio tan absurdo como el de Milton, que prefería el *Paraíso recuperado* a todas sus otras obras.

Este hombre, el más peculiar de todos los seres humanos, por fin me ha dejado y tengo muy pocas esperanzas de que alguna vez en el futuro pueda disfrutar de su compañía; aunque él dice que, si me establezco en Londres o Edimburgo, él haría un viaje a pie cada año para visitarme. El Sr. Davenport, un caballero de 5 ó 6000 libras en el norte de Inglaterra, hombre de gran humanismo y de muy buen entender, se ha hecho cargo de él. Tiene una casa llamada Wooton en la punta de Derby, situada entre montañas, rocas, arroyos y bosques, que conviene a la salvaje imaginación y al solitario humor de Rousseau; como el dueño rara vez la habitaba y sólo mantenía una austera mesa para algunos sirvientes, me ofreció dársela a mi amigo. Acepté bajo la condición de que la tomara por 30 libras al año, como pago de hospedaje, para él y para su *gouvernante*,[2] que es una mujer de una naturaleza tan buena que lo aceptó. Rousseau tiene una renta de alrededor de 80 libras al año que ha obtenido por contratos con sus vendedores de libros y por una anualidad de por vida de 25 libras al año que aceptó del lord mariscal (éste es el único hombre que hasta ahora ha sido capaz de hacerlo aceptar dinero).

A pesar de todas mis protestas, él se mostró absolutamente resuelto a precipitarse hacia esa soledad. Yo preví que sería infeliz en esa situación –como siempre lo ha sido en todas las situaciones–: se encontraría sin ninguna ocupación en lo absoluto, sin compañía y prácticamente sin distracciones de ninguna clase. Rousseau ha leído muy po-

co a lo largo de su vida y ahora ha renunciado totalmente a la lectura; también ha visto muy poco y no tiene la curiosidad de ver o comentar nuevas cosas. A decir verdad, ha reflexionado y estudiado también muy poco, realmente no tiene muchos conocimientos; durante todo el curso de su vida sólo ha sentido –y en este respecto, su sensibilidad llega a un extremo superior a cualquier modelo que yo haya podido ver jamás–, pero esto le da un sentimiento más agudo del dolor que del placer. Es como un hombre al que no sólo le han rasgado las vestiduras sino también la piel y acude en ese estado al combate contra los rudos y violentos elementos, de tal modo que continuamente perturba este mundo más bajo. Le daré un extraordinario ejemplo de los giros de su carácter en este respecto; lo que voy a contarle ocurrió en mi cuarto, la tarde antes de su partida.

Él había resuelto partir con su *gouvernante* en una diligencia, pero Davenport, con el deseo de hacerle una amable trampa y ahorrarle algo de dinero, le dijo que había encontrado una diligencia de regreso al lugar, misma que podría tomar por un costo mínimo y que, por suerte, salía exactamente el día en que Rousseau planeaba partir. El plan de Davenport era rentar la diligencia y hacerle creer la historia; al principio tuvo éxito, pero Rousseau, después de considerar detenidamente las circunstancias, empezó a abrigar sospechas del truco. Me comunicó sus dudas y se quejó de que era tratado como un niño, que aunque era pobre él prefería adaptarse a sus circunstancias y no vivir de

limosnas como un mendigo, que era muy infeliz por no hablar la lengua con familiaridad para, así, poder resguardarse de estos abusos. Le dije que yo ignoraba el asunto y que no sabía más que lo que me había dicho el Sr. Davenport, pero que si él lo deseaba podría hacer averiguaciones al respecto.

—No me digas eso —replicó—, si esto realmente es una invención de Davenport, tú estás enterado de ello y lo has permitido; no has podido darme mayor disgusto que éste.

A partir de entonces se sentó muy malhumorado y permaneció callado; todos mis esfuerzos para reanimar la conversación y pasar a otros temas fueron vanos: me contestaba seca y fríamente. Al fin, después de que pasó cerca de una hora con ese mal humor, se levantó caminó por el cuarto. Juzgue usted cuál sería mi sorpresa, cuando de pronto se sentó en mis rodillas, pasó sus brazos alrededor de mi cuello, me besó de la manera más tierna y cubriendo mi cara de lágrimas, exclamó:

—Quizás nunca podrás perdonarme, querido amigo; después de todas las pruebas de afecto que he recibido de ti, te recompenso ahora con este tonto e inapropiado comportamiento, pero a pesar de todo quiero decirte que tengo un corazón digno de tu amistad: te quiero, te estimo y no paso por alto ninguna de tus amabilidades.

Espero que no tenga usted una mala opinión de mí y piense que no consiguió enternecerme: le aseguro que lo

besé y lo abracé veinte veces con una abundante efusión de lágrimas; creo que ninguna escena de mi vida ha sido más conmovedora.

Ahora entiendo perfectamente la aversión de Rousseau por la compañía –cosa que parecería tan sorprendente en un hombre tan bien dotado para disfrutar de ella y que el resto de las personas ha considerado una mera afectación de su parte–. Tiene ataques frecuentes y largos de mal humor por el estado de su mente o de su cuerpo (llámelo usted como mejor le parezca) y por la extrema sensibilidad de su temperamento. Cuando está en ese humor, la compañía le resulta un tormento; cuando su espíritu, su salud y su buen humor regresan, su imaginación le proporciona tantas y tan agradables ocupaciones, que sacarlo de allí le causa inquietud. Incluso escribir libros, me dijo, dado que implica limitar o restringir su imaginación a un solo tema, no le parece un entretenimiento agradable. Él no escribiría nunca más –y nunca lo hubiera hecho– si pudiera dormir en las noches, pero normalmente se mantiene despierto y, para evitar el cansancio, compone algo que luego escribe al levantarse; me aseguró que redacta muy despacio y de una manera muy laboriosa y difícil.

Es, por naturaleza, muy modesto e incluso ignorante de su propia superioridad; su fuego, que frecuentemente surge en la conversación, es gentil y temperado; nunca es en lo más mínimo arrogante ni dominante. Se trata sin duda de uno de los hombres más educados que he conocido jamás.

Le voy a dar un ejemplo de su modestia que necesariamente tiene que ser fidedigno: cuando estábamos en el camino le recomendé que aprendiera inglés, ya que sin él, le dije, nunca podría disfrutar de entera libertad, ser totalmente independiente o sentirse a su entera disposición. Él se dio cuenta de que yo tenía razón y me dijo que había oído que existían dos traducciones al inglés de su *Émile*: las conseguiría tan pronto llegáramos a Londres y, como conocía el tema, no tendría más problema que aprender o suponer el significado de las palabras; esto lo ayudaría a evitar el esfuerzo de consultar el diccionario y, mientras progresaba, le divertiría comparar las traducciones y juzgar cuál era la mejor. En tal acuerdo, poco después de que llegamos yo le procuré los libros, pero me los regresó a los pocos días diciendo que no le serían útiles.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—No los soporto —me contestó—, son mi propio trabajo y una vez que publico mis libros ya nunca puedo abrir o leer una página de ellos sin disgusto.

—Me parece extraño —le dije—, pensé que el buen recibimiento que han tenido por todas partes te harían sentir muy orgulloso de ellos.

—¡Qué va! —me dijo—, si me pusiera a contar votos, habría quizá más en contra que a favor.

—Pero —argumenté—, no es posible que el estilo, la elocuencia y los ornamentos no te agraden.

—Para decirte la verdad —me dijo—, no me siento a disgusto conmigo mismo en ese aspecto, pero aún temo que mis escritos no sean buenos en cuanto al contenido y que todas mis teorías estén llenas de extravagancias.

Vea usted, esto es juzgarse a sí mismo con la mayor severidad y censurar los escritos propios precisamente desde el aspecto en el que están más expuestos a la crítica. Ninguna modestia fingida sería capaz de este acto de valentía: nunca oí a Robertson reprocharse por el exceso religioso de su historia, nadie lo ha oído a usted expresar ningún remordimiento por poner a Ossian[3] en la misma posición que a Homero.

¿Lo he cansado o desea conocer más anécdotas de este singular personaje? Me parece que quiere que yo continúe: un día Rousseau trató de darme una justificación de la moral de su *Nouvelle Héloïse*, la cual sabía que era condenable por introducir a la gente joven en las artes de gratificar sus pasiones bajo la máscara de la virtud y de los sentimientos nobles y refinados.

—Puedes observar —me dijo—, que mi Julie es fiel a la cama de su marido, sólo se aparte de su deber durante su estado de soltera; mas esto es totalmente inconsecuente en Francia, donde todas las damas jóvenes son encerradas en conventos y no tienen posibilidad de transgredir. Sin duda, esto tendría un efecto negativo en un país protestante.

A pesar de esta reflexión, me dijo que había escrito la continuación de su *Émile* y que pronto sería publicada.[4] Ahí pretende mostrar los efectos de su plan educativo y presenta a Émile en las más fatigosas pruebas, mismas que el personaje enfrenta pacientemente con coraje y virtud. Entre éstas pruebas, descubre que Sophie, la amable, la virtuosa, la estimable Sophie es infiel a su cama, accidente fatal que él soporta con un espíritu elevado y varonil.

—En este trabajo —agregó—, he hecho un esfuerzo por presentar a Sophie en una luz tal, que va a parecer igual de amable, igual de virtuosa e igual de estimable, como si no hubiera cometido esa falta.

—Sientes un placer, por lo que veo —le dije—, por relatar dificultades en todos tus libros.

—Si —me dijo—, odio los eventos maravillosos y sobrenaturales de las novelas; lo único que puede darme placer en tales textos es poner a los personajes en situaciones difíciles y singulares.

Así que lo único que le falta a Rousseau, vea usted, es escribir un libro para instruir a las viudas –a menos que él se imagine que estas pueden aprender su lección sin instrucciones–.

Adiós, querido doctor. Me dice que en algunas ocasiones lee mis cartas a nuestros amigos comunes; ésta, sin embargo, sólo debe leerla a los iniciados.

Suyo, *usque ad aras* [5]

*David Hume*

[1] Hugh Blair (1718-1800), sacerdote moderado que vivió en Edimburgo y se destacó como profesor de retórica y letras; fue un gran amigo de Hume.*[regresar]*

[2] Thérèse la Vasseur, compañera de muchos años de Rousseau..*[regresar]*

[3] Supuesto poeta irlandés; la invención literaria de los cantos de Ossian –que celebra la expresión poética inspirada y libre de un antiguo folclor– tuvo gran impacto en la época y es uno de los fenómenos más interesantes del romanticismo europeo..*[regresar]*

[4] Nunca se publicó y posiblemente nunca la escribió..*[regresar]*

[5] Frase latina: “hasta el altar”..*[regresar]*

# Cronología

**1711** David Hume nace el 7 de mayo en Edimburgo, Escocia

**1734-1737** Abandona su trabajo de abogado y viaja a Francia dispuesto a dedicarse exclusivamente a la filosofía; de esos años data la redacción de su primera obra, *Tratado sobre la naturaleza humana*

**1737** Regresa a Escocia; vive con su madre y su hermano

**1739** Publica los dos primeros volúmenes del *Tratado*

**1740** Publica el tercer volumen de su *Tratado*; el poco éxito alcanzado significa un duro golpe para él

**1742** La publicación de sus *Ensayos morales y políticos* le hace olvidar por completo su fracaso anterior y lo estimula para reescribir su *Tratado*; esta nueva versión será publicada cinco años después con el título *Ensayos filosóficos sobre el entendimiento humano*

**1745** Después de un año en Inglaterra es invitado por el general St. Clair a participar en una expedición que termina con una breve incursión en la costa francesa

**1749** Regresa a Escocia; vuelve a pasar dos años con su hermano en la casa de campo y publica algunas obras

**1752** Se instala en Edimburgo y es nombrado bibliotecario de la Facultad de Derecho, enfoca sus indagaciones a los problemas históricos, sociales y políticos

**1763-1776** Trabaja en París como secretario; participa en las actividades de los enciclopedistas y en los círculos ilustrados; entabla amistad con algunos de los personajes destacados de la época como Jean-Jacques Rousseau

**1769** Regresa a Edimburgo, continúa con sus actividades de estudio e investigación

**1776** Muere el 25 de agosto, cuatro meses después de escribir su autobiografía, *De mi propia vida*

# Bibliografía mínima

David Hume, *Essays: Moral, Political and Literary*, Liberty Classics, Indianapolis, 1987; David Hume, *An Enquiry Concerning Human Understanding and Other Essays*, Washington Square Press, Nueva York, 1963; V. C. Chappell, *The Phylosophy of David Hume*, The Modern Library, Nueva York, 1963; Barry Stroud, *Hume*, UNAM, México, 1986; A. J. Ayer, *Hume*, Alianza, Madrid 1988; V. C. Chappell, *Hume*, University of Notre Dame Press, Notre Dame, 1968; David Fate Norton, *The Cambridge Companion to Hume*, Cambridge University Press, Nueva York, 1993.

# AVISO LEGAL

*De mi propia vida*

David Hume

Este texto fue publicado por la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial de la Universidad Nacional Autónoma de México en 2003 y estuvo bajo el cuidado editorial de Ana Cecilia Lazcano, Mariana Alatriste y Juan Carlos Rodríguez.

Esta edición de un ejemplar (56.54 kb) fue preparada con la colaboración de la Dirección General de Cómputo y de Tecnologías de Información y Comunicación de la UNAM. La formación fue realizada por Carolina Silva y Nely Alvarez.

Primera edición electrónica en formato epub: 30 de septiembre de 2013



Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F.

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

ISBN: 978-607-02-5003-3



Hecho en México

# ÍNDICE